

en el mismo suelo, mediante el estudio de los nombres de lugares y el testimonio de las tumbas, las etapas de aquellas marchas obscuras que desde las orillas del Rin condujeron a los francos a las llanuras del Norte de la Galia. En ellas establecieron en gran número, expulsando a las antiguas poblaciones y destruyendo la civilización galo-romana y cristiana; eran verdaderos bárbaros, rudos y paganos, y sus caudillos eran incapaces de las concepciones políticas de un Atila, de un Eurico ó de un Gondebaudo.

Cuando Aecio defendió la Galia contra Atila, los francos habían combatido a sus órdenes y luego habían continuado extendiéndose, pero sin que sea posible, como algunos han querido hacerlo, establecer una distinción exacta entre los progresos de sus diferentes tribus.

La leyenda coloca en aquella época al frente del pueblo en otro tiempo mandado por Clodio a un rey llamado Meroveo (Merouechus): decíase que un día, mientras la esposa de Clodio se bañaba en el mar, unióse a ella un monstruo, habiendo nacido de esta unión Meroveo (1), «de cuyo nombre, desde aquel entonces, los reyes de los francos se llamaron Merovingios.»

Sello de Childerico I
(Archivos nacionales, París.)

En lo que se cuenta del hijo de Meroveo, Childerico, hay parte de leyenda y parte de historia. Despojado del poder por los francos, a causa de su lujuria, refugióse en Thuringia, siendo probable que por tal deba entenderse la Thuringia de allende el Rin más bien que un país situado entre Colonia y el mar. Allí fué acogido por el rey Basín y por su esposa Basina. Antes de su marcha, habíase partido una moneda de oro con un amigo fiel, el cual le había dicho: «Cuando te envíe la mitad que guardo, podrás regresar sin temor.» Los francos habían elegido rey al romano Egidio, maestro de las milicias, pero al cabo de ocho años mudaron de parecer y Childerico, advertido por su amigo en la forma indicada, fué nuevamente proclamado. Basina abandonó su reino para juntarse con él: «Conozco tu mérito y tu gran valor, le dijo, y por esto he venido a vivir contigo, porque, óyelo bien, si hubiese conocido allende los mares un hombre que más valiera, con él me hubiese ido.» Y añade el cronista: «Childerico, lleno de gozo, se casó con ella y del matrimonio nació un hijo a quien se llamó Clodoveo, que fué grande hombre y valiente guerrero.» En este relato encontramos el eco de algún viejo canto popular, y la parte de realidad que encierra es incierta. Otros datos de valor histórico más

positivo nos presentan en 463 a Childerico aliado con Egidio y combatiendo con él a los visigodos en la región del Loira. Egidio murió en 464 dejando un hijo, Siagrius; un funcionario romano, el conde Paulo, quiso continuar su obra con ayuda de los francos, pero murió luchando contra los sajones. Al día siguiente de su muerte, llegó Childerico, quien arrebató a éstos Angers y les persiguió en las islas del Loira, haciendo en ellos gran matanza.

(1) La leyenda nació de una falsa etimología, por haberse interpretado el nombre de Meroveo como hijo del mar.

Childerico aparece, pues, como aliado de los romanos. ¿Había recibido como otros caudillos bárbaros alguna dignidad militar que le permitiera figurar en la jerarquía imperial? ¿Fué «maestro de las milicias»? No puede afirmarse. El autor de la vida de Santa Genoveva, obra de valor histórico muy discutido, nos lo presenta en relaciones con la santa. Childerico entra en París trayendo consigo algunos prisioneros a quienes quiere dar muerte, y ordena que se cierren las puertas de la ciudad; pero Genoveva, que se hallaba fuera de ésta, resuelve salvar a aquellos desdichados; las puertas se abren milagrosamente y la santa obtiene el perdón de los prisioneros. Childerico murió en Tournai en 481, siendo allí enterrado con su caballo y con sus armas. En 1653 descubrióse su tumba, habiéndose encontrado en ella un anillo con su nombre y la imagen en busto de un guerrero de luengos cabellos, y una multitud de otros objetos, telas, armas, joyas y monedas de oro con las efigies de los emperadores que reinaban en Constantinopla, especialmente de León I y Zenón (2).

II.—Clodoveo y Siagrius. Guerra de los alamanes y bautismo de Clodoveo (3)

Con Childerico los guerreros francos han reconocido los ricos valles del Sena y del Loira; con su hijo Clodoveo se harán dueños de ellos. Clodoveo no tiene más que quince años y sólo manda uno de los pueblos francos; otros obedecen a reyes, algunos de los cuales quizás le son hostiles. Durante cinco años no se conoce de él ningún acto concreto; sin duda prepara sus fuerzas para las aventuras a que le impulsan su juventud, su carácter belicoso y su ambición.

En Italia ya no hay emperadores, pero el Occidente sigue bajo la soberanía nominal del emperador que reside en Constantinopla; la Galia, ocupada totalmente por pueblos bárbaros, considérase todavía como provincia romana. El hijo de Egidio, Siagrius, agrupa a su alrededor a las tropas que continúan obedeciendo al Imperio: ¿cuál es su situación real? Se ignora: los contemporáneos le llaman unas veces «rey de los romanos», otras patricio y otras duque. Por su nacimiento, por el prestigio de que su padre había gozado, acaso también por su valor personal, figura al frente de la aristocracia galo-romana en los países del Sena y del Loira, y a su lado Remigio, obispo de Reims, de noble familia y célebre por su saber y su elocuencia, ejerce una influencia comparable a la de Avito en el reino burgundio.

Algunos historiadores pretenden que Siagrius fué rey y Clodoveo «maestro de las milicias», aduciendo como prueba de ello una carta, de fecha incierta, que se dice le dirigió Remigio para felicitarle por haber recibido el cargo de la administración «en la segunda Bélgica;» sin

(2) Estos objetos estaban depositados en la Biblioteca Nacional y fueron robados en 1831, habiéndose recuperado sólo una parte de ellos, que se guardan en el Louvre.

(3) Chlodouechus, Chlotouechus, que será en la época carolingia Hludowicus, de donde se derivará Luis. Aquel nombre se compone de Chlodo, Chludo, que quiere decir célebre, y «vechus», que tiene el doble significado de guerrero y sacerdote: es un recuerdo de la época en que el rey era sacerdote. D'Arbois de Jubainville supone que Clodoveo todavía era a la vez el jefe guerrero y el jefe religioso: *Etudes sur la langue des Francs à l'époque mérovingienne*, 1900, pág. 75.

embargo, nada puede sacarse con certeza de esa carta. Clodoveo se presenta desde sus primeros años más independiente de Roma que su padre y ve cómo los reyes godos y burgundios ensanchan sus posesiones en la Galia. ¿Habrá llegado para los francos el momento de asegurarse un dominio más vasto en aquellos hermosos países que el Imperio abandona? Sus recursos son escasos, por lo que procura agrupar las fuerzas de los pueblos francos y a este efecto se dirige a sus reyes: uno de ellos, Ragnacar de Cambrai, responde a su llamamiento; otro, Cararico, espera los acontecimientos para tomar una determinación.

Finalmente, en 468, Clodoveo marcha contra Siagrius y le pide sitio para la batalla; los ejércitos se encuentran cerca de Soissons, y Siagrius, derrotado, demanda asilo al rey Alarico en Tolosa; pero el vencedor consigue que se lo entreguen y manda darle muerte.

Los francos saquearon hasta las iglesias; sin embargo, Clodoveo, que ya no es un aventurero brutal, sino un caudillo de inteligencia despierta, y que quiere conquistar el país, cuenta desde luego con los obispos, pues sabe que son los verdaderos amos del mismo. Uno de ellos (nada permite asegurar que fuese Remigio) reclama un vaso sagrado que han robado de su templo; en el momento de repartirse el botín, el rey pide a sus compañeros que le sea adjudicado aquel objeto, pero un guerrero se niega a entregarlo y lo rompe de un hachazo. El rey se calla, mas al año siguiente, mientras pasa revista de su ejército, reprende al que le infirió aquella afrenta por el mal estado de sus armas y lo tiende muerto a sus pies. Tal es en sus comienzos la monarquía de Clodoveo: todavía ha de tener en cuenta los antiguos usos germánicos que hacen del rey un caudillo de sus compañeros, pero entiende ya ser el amo, al mismo tiempo que se muestra hábil político en sus relaciones con la Iglesia.

La batalla de Soissons no fué sino un episodio de las luchas que entabló Clodoveo para apoderarse de los países del Sena y del Loira. La historia de estas conquistas es poco conocida. Según parece, París se resistió mucho tiempo, y habiendo sido devastadas las comarcas vecinas, Santa Genoveva, para proporcionar víveres a los habitantes, llegó hasta Arcis-sur-Aube y Troyes. Más adelante, las tropas al servicio de Roma, que todavía ocupaban algunos puntos de la Galia del Norte, se sometieron a Clodoveo, pero conservaron aún, al parecer, por algún tiempo, su organización y sus banderas militares (1). Clodoveo se extendió también hacia el Oeste, por el lado de la Armórica, y parece que en aquella ocasión Melanio, obispo de Rennes, desempeñó un papel importante. Los habitantes de aquellos territorios tenían interés en aproximarse a los francos a fin de defenderse contra los piratas sajones establecidos en la desembocadura del Loira. Dícese que los sajones sitiaron Nantes por espacio de sesenta días, que al fin una noche salieron en procesión de los

(1) Procopio, *De bello gotico*, I, 12, habla de un pueblo, al que denomina los *arbricos*, que al parecer opuso resistencia a los francos y después trató con ellos. ¿Quiénes eran esos arbricos? No es posible identificarlos, pero de todos modos, como Procopio los sitúa a orillas del Rin, no podemos ver en ellos a los habitantes de la Armórica.

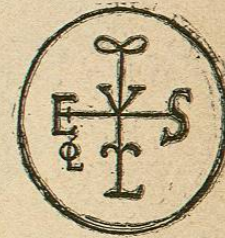
templos de la ciudad hombres vestidos de blanco y que después de esta aparición misteriosa las hordas enemigas huyeron «sin que se viera uno solo de ellos al despuntar el día.»

Muy pronto Clodoveo se casa con la sobrina del rey burgundio Gondebaudo, Clotilde (2). Su ambición sentíase ya atraída por los países del Saona y del Ródano, y «a menudo enviaba a Burgundia mensajeros» que le aseguraron que Clotilde era «bella y prudente,» por lo que la pidió a Gondebaudo y la obtuvo (seguramente hacia el año 493), y «cuando el rey la vió quedó en extremo complacido.» La imaginación popular adornó este suceso con relatos maravillosos en los cuales se ha reconocido la huella de los cantos épicos nupciales que estaban en uso entre los germanos, diciéndose, entre otras cosas, que de esta manera había querido vengar a su padre Chilperico asesinado por Gondebaudo y que al acercarse a la frontera franca, saltó impaciente de su carro, montó a caballo y antes de salir del territorio burgundio lo hizo devastar en una longitud de doce leguas.

Clotilde, enérgica y altiva, es católica y quiere que lo sea Clodoveo; éste en un principio se resiste, pues teme que si abandona a sus dioses se atraerá la cólera de éstos y tal vez sus guerreros se separarán de él. Clotilde, sin embargo, logra que su primer hijo sea solemnemente bautizado, esperando que la magnificencia de la ceremonia hiera la imaginación del rey; pero muere el niño y el padre atribuye esta desgracia al dios de su esposa, a pesar de lo cual es también bautizado el segundo hijo. Cae éste enfermo y ya Clodoveo acusa de ello a Cristo, mas «gracias a las oraciones de Clotilde» el niño sana.

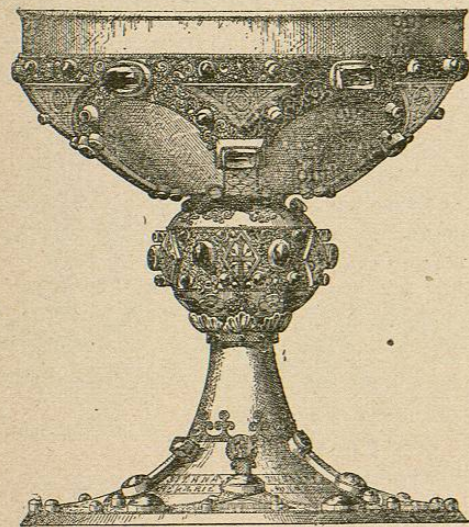
Por el lado del Este tuvieron que defenderse entonces los francos de los alamanes. Ocupaban éstos, desde mediados del siglo v, en la orilla izquierda del Rin, el territorio que se extiende entre el río y los Vosgos y que más adelante se denominó Alsacia, y la emigración de los burgundios les había dejado al Sur el campo libre hasta el lago de Constanza y los Alpes. Los escritores de aquella época hablan de su valor, de su crueldad y de ese espíritu aventurero que impulsaba en todas direcciones a sus hordas de bandidos. Los francos de la región renana sufrieron sus ataques y en un combate cerca de Tolbiac (Zulpich) su rey Sigeberto recibió una herida que le dejó cojo. Clodoveo dirigióse contra los alamanes, trabándose una batalla en el valle del Rin, en un sitio que no puede determinarse exactamente; al principio los francos llevaban la peor parte, viendo lo cual el rey alzó las manos al cielo y parece que exclamó: «Jesucristo, tú a quien Clotilde declara hijo del Dios vivo, tú que, según dicen, concedes tu ayuda a los que están en peligro y la victoria a los que en ti esperan, si me haces triunfar de esos enemigos y me concedes que pueda experimentar tu poder, me haré bautizar en tu nombre. Porque he invocado a mis dioses, pero veo que se han alejado de mí y si no socorren a sus fieles

(2) Chrothchildis, Chrodechildis, Chrodchildis.



Sello de Clodoveo (Nigien, *Recueil des sceaux du moyen âge*).

es porque carecen de fuerza.» Inmediatamente se inició, según parece, la derrota de los alamanes, quienes, al ver que su rey había sucumbido, suplicaron á Clodoveo: «No prosigas la matanza de nuestro pueblo; desde hoy somos tuyos (1).» Una parte de los vencidos pidieron asilo al poderoso rey de los ostrogodos de Italia, Teodorico, que los recogió. Tal vez hubo posteriormente otra expedición, porque Teodorico en 506 intervino en su favor cerca de Clodoveo. Los alamanes dejaron de ser un peligro para la Galia: arrojados á la orilla derecha del Rhin, hubieron de abandonar hasta el valle del Rhin y una parte del del Neckar, refugiándose algunos de ellos en Rhetia, en el reino de Teodorico. En lo sucesivo y



Cáliz llamado de San Remigio, que se conserva en la catedral de Reims

por muchos siglos han terminado las invasiones de Este á Oeste, y muy pronto los francos pasarán, á su vez, el Rhin y comenzarán á extender su dominación en la Germania.

Clodoveo, después de la victoria, se somete á la dirección espiritual de Remigio; sin embargo, un temor le contiene todavía: ¿le desaprobará su pueblo? Si hemos de dar crédito á la edificante versión de Gregorio de Tours, cuando aquél consulta á los francos, éstos exclaman: «Abandonamos los dioses mortales, piadoso rey, y estamos dispuestos á seguir al Dios inmortal que Remigio predica.» El obispo prepara el bautizo; las plazas de Reims y la iglesia están adornadas con ricos tapices; en el baptisterio, decorado con esmero, arde el incienso y brillan los cirios. Clodoveo se arrodilla: «Sicambro, dice Remigio, dobla humildemente la cabeza, adora aquello que has quemado y quemado aquello que has adorado.» Junto con él reciben el bautismo tres mil guerreros (Navidad de 496).

Tal fué el acontecimiento que más que ningún otro influyó en los destinos de la Galia, y cuando Gregorio de Tours compara, en este concepto, á Clodoveo con

(1) Este relato de Gregorio de Tours ha sido muy discutido; Schubert, *Die Unterwerfung der Alamannen unter die Franken*, 1884; Vogel, *Chlodowig's Sieg über die Alamannen und sein Tauf*, *Zeitschrift* de Sybel, 1886; Krusch, *Chlodovech's Sieg über die Alamannen*, *Neues Archiv*, 1887. En mi concepto, debe conservarse en su conjunto con la fecha en él indicada.

Constantino, no se equivoca. Respecto así del uno como del otro se ha discutido si la conversión era sincera, si en ella había tenido la política más parte que la fe, pero los actos humanos rara vez obedecen á un solo móvil. El carácter maravilloso de los relatos evangélicos y el esplendor de las ceremonias religiosas excitaron la imaginación de Clodoveo; el poder de la Iglesia y el papel que sus obispos desempeñaban le decidieron á hacer causa común con el catolicismo. Al principio, sólo una porción muy pequeña de los francos imitó su ejemplo; los que estaban establecidos en las regiones del Norte y del Este permanecieron fieles á sus dioses.

La conversión de Clodoveo no modificó su carácter; la suave y pacífica moral del Evangelio no le tocó el corazón. Según parece, el mismo día del bautizo y mientras Remigio leía el evangelio de la Pasión, el rudo caudillo franco exclamó: «Si yo hubiese estado allí con mis francos, habría vengado á Cristo.» Desde entonces, en aquellos pueblos heréticos que ocupaban la mayor parte de la Galia persiguió á sus enemigos y á los de Cristo.

Los católicos comprendieron en seguida la importancia de su victoria: enfrente de los reyes arrianos Teodorico, Gondebaudo y Alarico, Clodoveo era su rey. En lo sucesivo, en toda la Galia fueron aliados suyos los obispos; el jefe del episcopado de Burgundia, el ilustre Avito, se apresuró á felicitarle, diciéndole: «Vuestra adhesión á la fe es nuestro triunfo,» y excitándole á que propagara el catolicismo entre los pueblos bárbaros más apartados «que todavía no han sido corrompidos por las doctrinas heréticas.» Así hablaba aquel de quien Gondebaudo había hecho uno de sus más entendidos consejeros, y añadía, aludiendo claramente al rey burgundio, á quien en vano había tratado de convertir: «Muchos, cuando los obispos ó sus amigos les exhortan á creer en la verdadera fe, alegan las tradiciones y los ritos de su pueblo, comprometiendo su salvación por una falsa vergüenza. Después del ejemplo que acabáis de dar, tales pretextos ya no deben ser invocados (2).» Gondebaudo era, sin embargo, de carácter bondadoso y tolerante, pero su neutralidad benévola no bastaba á la Iglesia: ya anteriormente Aprúnculo, obispo de Langres, que inspiraba poca confianza á los burgundios, se había refugiado en Auvernia, y otros dos obispos, súbditos de Gondebaudo, Teodoro y Próculo, siguieron á Clotilde, la cual les indemnizó haciéndoles nombrar obispos de Tours.

III.—Guerras contra los burgundios y los godos

Desde aquel momento Clodoveo puede atacar á los burgundios y á los godos, pues el episcopado le asegura las poblaciones galo-romanas. En Burgundia explota la ambición del hermano de Gondebaudo, Godegisilo, quien para conquistar á Clodoveo le promete pagarle tributo. Clodoveo dirígese á Burgundia y Gondebaudo sale á su encuentro, acompañado de Godegisilo que ha sabido mantener secretas sus intrigas, y en cuanto se traba la batalla cerca de Dijón, en las márgenes del Ouche, Godegisilo con sus tropas se pasa á los francos

(2) Al lado de la carta de Avito citábase en otro tiempo la del papa Anastasio á Clodoveo. Julián Havet, *Questions mérovingiennes*, 1885, y tomo I de sus *Obras*, 1896, ha demostrado que esta última era, por lo menos, muy sospechosa.

asegurándoles de este modo la victoria. Gondebaudo se refugia en Aviñón, en donde le sitia Clodoveo; el rey burgundio parece perdido cuando, según una narración legendaria, un sabio consejero, el romano Aridio, finge hacerle traición y se pasa al bando de Clodoveo, y una vez ganada la confianza de éste, le decide á conceder la paz á Gondebaudo mediante un tributo anual. Mas apenas se retiran los francos, el burgundio pone sitio á Vienne, en donde se ha instalado Godegisilo y penetra en la ciudad por un acueducto: Godegisilo es asesinado, la guarnición franca que allí dejara Clodoveo es desterrada al país de los visigodos y vuelve á ser dueño

de su reino Gondebaudo, quien, para atraerse á los galo-romanos, mejora la suerte de los mismos por medio de leyes aún más benignas, y para conquistar á los obispos finge estar dispuesto á dejarse convertir (500-501).

Más decisiva fué la guerra por el lado de los godos: á pesar del esplendor del reinado de Eurico, la lucha entre aquéllos y los francos era desigual. Los godos, perdidos entre poblaciones galo-romanas y aislados de la Germania, se debilitaban en el suelo del Mediodía; en cambio, los francos, mientras avanzaban por la Galia, permanecían en comunicación con las regiones del Mosa, del Mosela y del Rhin, en donde aún residían la mayoría de sus pueblos, y sacaban de allí contingentes siempre frescos.

El hijo de Eurico, Alarico II, que llegó al poder siendo todavía muy joven (485), era incapaz de continuar la obra de su padre; queriendo evitar la guerra, celebró, en una fecha que se ignora, una entrevista con Clodoveo en una isla del Loira, cerca de Amboise, comiendo y bebiendo juntos y prometiéndose amistad. Pero la cuestión religiosa impedía toda paz duradera. «Muchas gentes de la Galia, dice Gregorio de Tours, deseaban tener por señores á los francos.» Alarico no se fiaba de los obispos: Volusiano, obispo de Tours, de quien se sospechaba que quería la dominación franca, fué retenido en Tolosa, en donde murió; su sucesor Vero fué como él desterrado, y en Rodez, el obispo Quintiano, acusado por los godos de que se proponía traicionarles, huyó á Clermont. Alarico, sin embargo, asociaba á los obispos á la composición de la compilación de leyes, del *Breviario* que en 506 hacía redactar para los galo-romanos, y les concedía autorización para reunirse en concilio en Agda, en donde al comienzo de las sesiones «oraban de rodillas á fin de que Dios concediera á Alarico un largo y próspero reinado;» pero en la mayoría de ellos estos deseos oficiales no podían ser sinceros.

Figuraba entonces al frente de los pueblos góticos Teodorico, el rey de los ostrogodos, el cual por un lado procuraba, con singular talento, restablecer el orden en Italia, restaurar el culto romano y conquistarse las simpatías de las antiguas poblaciones, y por otro trabajaba para ejercer, mediante alianzas políticas ó matrimonios, una especie de patronato político sobre los pueblos germánicos. Habíase casado con Audofleda, hermana de Clodoveo, y había casado á una de sus hijas, Ostrogoda, con el hijo de Gondebaudo, Segismundo; á otra, Teudigoda, con Alarico; á su hermana Amalafreda con Trasamundo, rey de los vándalos; y á su sobrina Amaloberga con Hermanefrido, rey de los thuringios. Pero

Clodoveo, convertido al catolicismo, era un rival de quien no se fiaba. Cuando supo que Alarico volvía á estar amenazado, intervino en la contienda para inducirle, lo mismo que á Clodoveo, á someter sus diferencias á los príncipes de su familia, y escribió á Gondebaudo y á los reyes de los hérulos, de los thuringios y de los varnes: «Que Clodoveo renuncie á atacar á los visigodos y se conforme con el derecho de gentes ó, si desprecia nuestro arbitraje, que haya de luchar con nosotros. Se le ofrece entera justicia, ¿qué más quiere? En verdad que el que quiere obrar fuera de la ley se prepara á conmover los reinos de todos.» Pero en aquel entonces Teodorico bastante tenía que hacer para defenderse contra la hostilidad del emperador, y sus consejos no fueron escuchados.

La guerra que Clodoveo declaró á los godos fué una guerra de religión. «Me disgusta mucho, decía, que esos arrianos detenten una parte de la Galia; vamos á ellos, con la ayuda de Dios, y después de haberles vencido, extendamos nuestra dominación sobre su territorio.» Para ello, asegúrase la alianza y el concurso de Gondebaudo, y el rey de los francos de Colonia, Sigeberto, le envía tropas mandadas por su hijo Cloderico.

Desde que se pone en marcha, Dios guía su ejército y combate con él, al decir de las leyendas que no tardaron en propalarse. En Turena, Clodoveo ordena que sean respetados los bienes de las iglesias y mata á un soldado que ha robado heno á un pobre aldeano: «¿Cómo podemos esperar vencer, dice, si ofendemos á San Martín?» En recompensa, el santo le predice la victoria. Cuando los enviados francos penetran con sus presentes en la basílica de San Martín, el primiciero de los chantres entona este versículo profético de los Salmos: «Señor, me has ceñido de valor para la guerra y me has sometido á los que se elevaban contra mí.» Más adelante, cuando Clodoveo llega á orillas del Vienne engrosado por las lluvias, una cierva enviada por Dios le indica un vado; y encima de la basílica de San Hilario de Poitiers brilla un globo de fuego que alumbró su marcha.

Trábase la batalla de Vouillé, cerca de Poitiers. ¿Emprendieron los godos la fuga, como dice Gregorio de Tours? No se sabe á punto fijo; pero lo que sí es cierto es que Alarico murió á manos de Clodoveo, el cual, á su vez, pudo á duras penas escapar del ataque de dos jinetes enemigos. Los arvernios, mandados por Apolinario, hijo de Sidonio Apolinario, sucumbieron en gran número, y entre ellos muchos miembros de familias senatoriales (507). Clodoveo prosiguió su expedición victoriosa, y mientras su hijo Thierry, pasando por Albi y Rodez, fué á someter á la Auvernia, él se apoderó de Tolosa y del tesoro real gótico, sometió luego la Aquitania é invernó en Burdeos, siendo muy probable que en muchas ciudades las poblaciones católicas le abrieron las puertas.

Gregorio de Tours ha deducido de estos acontecimientos la consecuencia moral tal como sus contemporáneos la concebían: «Clodoveo, que se adhirió al dogma de la Santa Trinidad, arruinó, merced á ésta, á los herejes y extendió su dominación por toda la Galia; Alarico, que lo negó, fué despojado de su reino, de su pueblo y, lo que es más grave, de la vida eterna. El Señor protege á los que creen en él, y aun en el caso